

bla de imperios que yacen en el polvo, repite mitos consabidos, pero siempre sabe detenerse en el número de versos que le pide su poema. Este talento no se compra en ninguna pulpería. No se pide en la barra del bar de Rubén Darío. Es de fabricación casera, ni más ni menos: el sentido del cuándo, dónde y en compañía de qué otras palabras. Saber intransferible:

*Canta el cuerpo en la luz, la
[tierra canta,
Danza en el sol de todos los
[colores,
Cada sabor es único en mi
[lengua
[Siesta, pág. 61]*

Y no muere con la persona que supo soñarlo. Respira en cada lectura.

EDGAR O'HARA
Universidad de Washington
(Seattle)

1. En otras palabras, "en inmortales los convierta / el cielo mentido" (pág. 12); "nos inferimos las viles injurias / Con que el cielo afrenta a los que se aman" (pág. 17); "Tenemos la tierra porque al cielo hemos negado" (pág. 19); "Al hombre exige lo que para el cielo es imposible" (pág. 21); "inhospitalidad del cielo" (pág. 26).

Charry vuelve a Bogotá

Antología personal

Fernando Charry Lara
Universidad Externado de Colombia,
Bogotá, 2004, 71 págs.

Uno de los más grandes orgullos de mi vida fue haber sido llamado por María Mercedes Carranza para escribir una conferencia y pronunciar unas palabras en la Casa de Poesía Silva, con motivo de los ochenta años y el homenaje nacional al maestro Fernando Charry Lara. Era el equivalente a la "coronación" de un poeta, algo que ya no se estila en

tiempos hartos menos poéticos y que desconocen lo que era cuando un país entero se paralizaba para ver una corona de laurel puesta en las sienes de un Voltaire o de un Victor Hugo.



Pocos días antes de su muerte, vi a Fernando Charry Lara por última vez, en el lanzamiento de esta *Antología personal*, en la Feria del Libro de Bogotá, tal vez el mismo día de la muerte de quien quizá fue nuestro más grande crítico literario del siglo xx: Hernando Valencia Goelkel, además de cabeza visible durante años del consejo editorial del Banco de la República y, entre otras publicaciones, de este Boletín Cultural y Bibliográfico.

Desde entonces quise reseñar este librito, cuyo formato se semeja a los famosos cuadernillos de Simón Latino, aunque nunca supuse que la reseña se convirtiera en una especie de rendición de cuentas y en mi homenaje póstumo a ese ser discreto, elegante, sencillo y leal, que jamás se sintió olímpico y que me brindó una amistad que sólo me honra. Me duele pensar que no podré volver a visitar a Fernando Charry Lara. No podré volver a almorzar en su compañía, escuchando sus sabrosas anécdotas. Algún día me contó, por ejemplo, que en la actual sede de la Casa de Poesía Silva no había vivido nunca José Asunción, pero sí Aurelio Arturo, cuando allí funcionaba una pensión. Entre las muchas anécdotas de las vidas de los poetas que logré entresacarle, algunas de ellas impublicables, me ronda en

este momento la imagen del niño de siete años que fue llevado por su padre al Capitolio Nacional a ver el cadáver de un amigo suyo que se llamaba José Eustasio Rivera, que era una gloria nacional y que acababa de morir en Nueva York. Muchos años después, el niño, que hoy acaba de morir en Washington, escribió un hermoso poema, que repitió descaradamente su escalofriante imagen cuando el cuerpo del poeta fue repatriado desde los Estados Unidos, donde la parca quiso visitarlo: *Rivera vuelve a Bogotá*, que apropiadamente cierra este librito de diecinueve poemas escogidos por el propio autor como lo más destinado a perdurar en su ya escasísima producción: apenas una cincuentena de poemas en tres libros: *Nocturnos y otros sueños* (1949), *Los adioses* (1963) y *Pensamientos del amante* (1981), reunidos por Procultura en un solo volumen, *Llama de amor viva* (1986).

Una vida para cincuenta poemas. El que Fernando Charry Lara sea autor de un total de no más de cincuenta breves poemas nos llevaría a la que Gutiérrez Girardot llama "infantil deducción de que para cada poema Charry Lara ha trabajado más de un año" y de que su método de trabajo está presidido por la famosa frase (de Valencia) "sacrificar un mundo para pulir un verso". Pero esas deducciones infantiles son las que se quedan en la memoria de las gentes. La brevedad de Charry, apenas ese puñado de poemas, no es tan extraña en el mundo de la poesía: Villaurrutia, Guillén, José Eustasio Rivera, Aurelio Arturo, por mencionar unos pocos casos... Por otra parte, si esa brevedad nos permite a los no poetas imaginar que sólo nos falta escribir cincuenta poemas para convertirnos en grandes poetas, también es cierto que, como el personaje de Molière que descubre que toda su vida ha hablado en prosa sin saberlo, deberíamos agregar que nos falta escribir precisamente "esos" cincuenta poemas y no otros.

Acaso lo que hace falta a este librito es una introducción, y es lo que intentaré hacer en esta reseña. Quie-

ro hablar del hombre que nos acaba de abandonar y dejar que hable el propio poeta acerca de sus poemas y de su credo poético.



La obra de Charry Lara siempre ha sido una de mis más firmes admiraciones. Jamás conocí a alguien entregado con mayor constancia y tesón a un solo oficio: la poesía. Charry no leía nada que no fuese poesía, a menos que fuese crítica de poesía. Jamás leyó una novela, como no fuera una escrita por un poeta. Y sólo por eso. “A medida —escribió— que se intensificaba el amor a la poesía pude constatar simultáneamente la aversión, que no ha dejado de pervivir, hacia lo que en ella pueda tomarse por ‘literatura’. Ésta me pareció más producto de la habilidad o, en el mejor de los casos, de la cultura. La poesía, en cambio, se me figura una operación mágica”.

Aparte de uno de los cinco o seis grandes nombres de la poesía en Colombia en el siglo xx, ¿quién fue el hombre Fernando Charry Lara? Aunque abogado, al oficio de redactar memoriales sobre obligaciones hipotecarias prefirió el de sufrirlas resignadamente. Siempre impecablemente vestido, y a menudo con su boina vasca en la cabeza, la elegancia personal de Fernando Charry Lara fue siempre afín con la de su obra literaria. En la obra de Charry Lara, el primer aspecto que nos seduce es su calma, su serenidad, luego su belleza y su elegancia, esa cualidad primaria del estilo. Elegancia con sobriedad, sin embargo, e inteligencia, “todo siendo, sin embargo,

tan íntimo”. Mesura, discreción y gravedad. Bonhomía y sencillez. Pero con carácter. Sinceridad siempre. Pero con matiz y tacto. Como decía Carlyle de Goethe, “este hombre regla y no es reglado. Nada exterior, nada interior, podría agitarlo o controlarlo [...] las palabras que indagan dentro de los más íntimos ámbitos de nuestra naturaleza, las pronuncia con un tono de frialdad y ecuanimidad”. Por lo demás, no se le conocieron enemigos, fuera de los soterrados que tienen todos los inteligentes, aquellos incitados por su propia mediocridad aunque por ella misma silenciados. Decía Claude Debussy en *Monsieur Croche, anti-dilettante*: “En todas las épocas la belleza ha sido resentida por algunos como un secreto insulto”.

En sus últimos años, Charry era un viejito lúcido de aspecto bondadoso y tenía una memoria espléndida, exenta de cualquier amargura, aunque no de picante. Nunca fue un hombre amargo, como lo son muchos poetas. Charry practicaba la crítica afectuosa que nos pedía el maestro Sanín Cano. Jamás una palabra desmedida en contra de nadie. Siempre nobleza y declaración no disimulada de sus afectos, sin denigración ni rebajamientos. Cuando en una entrevista, de las poquísimas que concedió en su vida, se presentó ocasión para decir algo en contra de quienes no tuvieron un comportamiento decoroso en ocasión ingrata, la nobleza de Charry replicó hermosamente acerca de aquellos nombres: “No los mencionemos, porque están muy cerca de nuestros amigos...”.

Las cosas que hace la memoria. Para mí la calle 92 en Bogotá se llama Germán Arciniegas, y la calle 94 Fernando Charry Lara. Dos avenidas que, si yo fuera el dictador de las letras, o el mejor amigo de un alcalde, las obligaría a llevar sus nombres, como vengo haciéndolo en mi fuero interno desde hace tiempo.

¿Y su poesía? ¿Y estos diecinueve poemas? Charry buscaba y buscaba la palabra perfecta, pero sin apresuramiento. No publicaba un poema hasta tenerlo en estado de

perfección, hasta donde es posible la perfección en el mundo. No solía hacer varias versiones de los mismos, como sí de sus ensayos críticos. El resultado es una serie de poemas de una belleza inigualable.

En la forma, sus poemas eluden la puntuación. “La carencia de signos —escribió alguna vez—, no persigue anular el sentido de las oraciones, sino, dispersándolas aún más, acrecentar sus significaciones”. El abandono de la puntuación “da mayor soltura a la frase poética y hace más sensible al lector la unidad de la composición al mismo tiempo que vincula estrechamente a los vocablos con aquellos que les anteceden y les siguen”.



En cuanto a la musicalidad y la melodía interna del poema, escribió: “Ni siquiera he estado jamás seguro, al asociar vagamente la emoción de la poesía a la música, de que la estricta melodía fuese esencial a la invención poética. Siempre intuí ser diferentes sus elementos. Y me convenció el argumento de que si en la palabra seduce también el sonido, que afecta a los sentidos, existe primero el significado, que interesa al entendimiento”.

La música en el poema, se opone, en Charry Lara, y sin ningún matiz, al ruido, al alarido, al vicio nacional e hispánico de la elocuencia, que mejor deberíamos llamar locuacidad. La nuestra ha sido “una sociedad, la colombiana, dominada, a pesar de la crueldad, por la rimbombancia y los formulismos”. Y él de-

testaba el ruido, el estruendo. “En este mundo complicado —dijo—, se considera sabio al que es enfático, es decir, a quien menos merece el título de tal”.



En ese mismo sentido, le gustaba la poesía intimista de un Cernuda, de un Villaurrutia, de un Gorostiza. No soportaba lo declamatorio. Aunque era muy cuidadoso en sus juicios, era claro que lo suyo no era la poesía popular. Cuando le preguntaba por García Lorca, me decía que aunque le reconocía algunos poemas, su gusto no era muy afín con esa herencia de “andalucismo” que nos dejó Lorca y que hizo demasiado daño a toda la poesía en lengua castellana. Por análogas razones nunca mencionaba el nombre de Miguel Hernández.

Quisiera, para terminar, hacer una predicción, repitiendo algo que ya escribí hace unos años. Regresemos a los años setenta, al momento de la muerte de Aurelio Arturo. En ese entonces, Álvaro Mutis era sólo un poeta, un gran poeta si se quiere, pero cuyo nombre apenas se empezaba a agrandar gracias al exilio en México y, por qué no decirlo, a su simpatía, a su don de gentes y a su habilidad para el manejo de las relaciones públicas. Así, Octavio Paz, Luis Buñuel, Gabriel García Márquez, entre muchos otros, le dieron el espaldarazo internacional que, sumado a su gran calidad y a sus novelas que aparecieron en los últimos años, lo encumbraron como uno de los poetas de América más conocidos en el mundo

entero. Allí al lado estaban sus contemporáneos y amigos, introvertidos, reservados, silenciosos, Aurelio Arturo y Fernando Charry Lara, cuyas obras poéticas no desmerecen en modo alguno frente a la suya. Pero en ese entonces los tres eran considerados entre esas curiosidades muy interesantes que siempre aparecen en la historia de la poesía. A partir de la muerte de Arturo se inició un fenómeno, uno de los más curiosos de los últimos años en nuestra poesía, y es que empezó a escalar en la consideración de lectores y críticos hasta situarse hoy como una de las dos o tres voces más importantes de Colombia en el siglo xx. Pero su renombre universal aún se encuentra lejano, aunque creo que llegará algún día, no tan pronto como lo merecería. Paralelo fenómeno, preveo, sucederá con la obra de Fernando Charry Lara.

LUIS H. ARISTIZÁBAL



El carácter colectivo de una generación

Poesía joven colombiana 2004.
Finalistas primer Premio Nacional para Poetas Jóvenes Isaías Gamboa
Varios autores
Fundación Verso a Verso, Cali, 2004.
136 págs., il.

Aunque la noción misma de concurso, competencia, justa o prueba, tratándose de poesía implica cierta incomodidad, el uso que tradicionalmente se le ha asignado termina por validarlo. De hecho, tanto en nuestra tradición literaria particular, como en otras extendidas a lo largo y ancho del tiempo y del espacio, las justas poéticas han dado paso a figuras que, con los días, terminan consolidándose como hitos determinantes del ejercicio del género poético. Nos referimos, por supuesto, a certámenes como éste que nos ocupa, organizado por la Fundación Verso a Verso, que convoca a jóve-

nes cultores de la palabra poética, y no a las justas destinadas a los valores ya consagrados que buscan un reconocimiento a su labor. En esta oportunidad nos encontramos con una muestra representativa de la generación de jóvenes colombianos nacidos a principios de la década de los ochenta, que, en la mayoría de los casos, muestran por primera vez su trabajo, y que han sido seleccionados según el criterio del jurado calificador entre más de cien trabajos recibidos en esta convocatoria.



Tratándose de aspectos más aprehensibles, el problema del juicio, no obstante la dificultad que de todas maneras acarrea, es más llevadero. Pero, aunque no sea éste el espacio apropiado para desarrollar asuntos tan espinosos, tratándose de valorar y jerarquizar méritos poéticos, un jurado que delibera tiene que habérselas con presupuestos de dimensiones abrumadoras. En medio de la prolijidad conceptual y expresiva característica del hacer poético contemporáneo, ¿qué cosa puede llamarse poética y qué cosa no? ¿Cuál es la delimitación precisa que permita diferenciar la visión poética que da cuenta de un mundo convulso y desgarrador como el que nos ha correspondido vivir, y la separe del palabreo más o menos ingenioso o provocador, pero siempre obtuso? ¿A qué referentes se puede acudir a fin de sostener el juicio sobre bases lo suficientemente consistentes y flexibles? Arduo trabajo la del equipo calificador, y sin embargo este li-